

Julio Verne

EL ETERNO ADÁN

Capítulo 3

A grandes rasgos, Sofr, mientras seguía bajo el ardiente sol la larga calle de Basidra, esbozaba en su mente el cuadro de las conquistas del hombre.

En primer lugar -y aquello se perdía en la noche de los tiempos-, había imaginado la escritura, a fin de fijar el pensamiento; luego -la invención se remontaba a más de quinientos años- había hallado el medio de extender la palabra escrita en un número infinito de ejemplares, con ayuda de un molde que servía para todos ellos.

Fue de esa invención de donde surgieron en realidad todas las demás. Es gracias a ella por lo que los cerebros se habían puesto a trabajar, por lo que la inteligencia de cada uno se había visto incrementada con la de los vecinos, y por lo que los descubrimientos, tanto teórica como prácticamente, se habían multiplicado en forma prodigiosa. Ahora eran ya incontables.

El hombre había penetrado en las entrañas de la tierra y extraía de ellas la hulla, generosa dispensadora de calor; había liberado la fuerza latente del agua, y el vapor arrastraba ahora sobre las tendidas cintas de hierro pesados convoyes o accionaba innumerables y poderosas máquinas, precisas y delicadas; gracias a esas máquinas, tejía las fibras vegetales y podía trabajar a su antojo los metales, el mármol y la roca. En un campo menos concreto, o al menos de una utilización menos directa y menos inmediata, penetraba gradualmente en el misterio de los números y exploraba cada vez más profundamente la infinitud de las verdades matemáticas.

Gracias a ellas, su pensamiento había recorrido el cielo. Sabía que el Sol no era más que una estrella que gravitaba a través del espacio según leyes rigurosas, arrastrando consigo en su inflamado orbe los siete planetas de su cortejo. Conocía el arte tanto de combinar ciertos cuerpos brutos de modo que formaran otros nuevos tenían ya nada en común con los primeros, como de dividir ciertos otros en sus elementos constitutivos y primordiales.

Sometía a análisis el sonido, el calor, la luz, empezaba a determinar su naturaleza y sus leyes. Hacía apenas cincuenta años, había aprendido a producir esa fuerza de la cual el trueno y los relámpagos son sus más terrible manifestación, y muy pronto la había convertido en su esclava; ese misterioso agente transmitía a distancias incalculables el pensamiento escrito; mañana, transmitiría el sonido; pasado mañana, sin duda, la luz...

Sí, el hombre era grande, más grande que el inmenso universo, al que gobernaría como dueño en un día próximo...

Pero, para que poseyera la verdad integral, quedaba por resolver un último problema: Este

hombre, dueño del mundo, ¿quién es? ¿De dónde viene? ¿Hacia qué desconocidos fines tiende su incansable esfuerzo?

Ese vasto tema era precisamente el que acababa de tratar el zartog Sofr en el transcurso de la ceremonia de la que acababa de salir. Claro que no había hecho más que rozarlo, ya que un tal problema era actualmente insoluble, y seguiría siéndolo sin duda mucho tiempo aún. Sin embargo, algunos vagos resplandores empezaban a iluminar el misterio. ¿Y, entre esos resplandores, no era uno de los más poderosos el que había proyectado el propio zartog Sofr cuando, codificando sistemáticamente las pacientes observaciones de sus predecesores y sus notas personales, había llegado al enunciado de su ley de la evolución de la materia viva, ley universal actualmente admitida por todos, y que no tenía ni un solo contradictor?

Aquella teoría reposaba sobre una triple base. En primer lugar sobre la ciencia geológica que, nacida el día en que se había empezado a hurgar las entrañas del suelo se había ido perfeccionando a medida que se desarrollaban las explotaciones mineras. La corteza del planeta tan perfectamente conocida que se llegaba incluso a fijar su edad en cuatrocientos mil años, y en veinte mil la de la Mahart-Itens-Schu tal como existía hoy en día. Antes, aquel continente dormía bajo las aguas del mar, como lo atestiguaba la espesa capa de lino marino que recubría, sin la menor interrupción, los estratos rocosos subyacentes. ¿Por qué mecanismo había surgido fuera de las olas? Sin duda como consecuencia de una contracción de la corteza al enfriarse. Fuera cual fuese la hipótesis al respecto, lo cierto era que la emersión de la Mahart-Iten-Schu debía ser considerada como segura.

Las ciencias naturales habían proporcionado a Sofr los otros dos fundamentos de su sistema, demostrando el estrecho parentesco que existía en las plantas entre sí y en los animales entre sí. Sofr había ido incluso mas lejos: había probado hasta la evidencia que casi todos los vegetales existentes se relacionaban con una planta marina que era su antepasado, y que casi todos los animales terrestres y aéreos derivaban de animales marinos. A través de una lenta, pero incesante evolución, estos se habían adaptado poco a poco a unas condiciones de vida primero vecinas, luego más alejadas de las de su vida primitiva y, de estadio en estadio, habían dado nacimiento a la mayor parte de las formas vivas que poblaban la tierra y el cielo.

Desgraciadamente, aquella ingeniosa teoría no era inatacable. El que los seres vivos del orden animal o vegetal procedieran de antepasados marinos era algo que parecía incontestable para casi todos, pero no para todos. Existían en efecto algunas plantas y algunos animales que parecía imposible conectar con formas acuáticas. Aquel era uno de los puntos débiles del sistema.

El hombre -Sofr no se lo ocultaba- era el otro punto débil. Entre el hombre y los animales no era posible establecer ningún lazo. Por supuesto, las funciones y las propiedades primordiales, tales como la respiración, la nutrición, la movilidad, eran las mismas, y se realizaban o se revelaban sensiblemente de parecida manera, pero subsistía un abismo infranqueable entre las formas exteriores, el número y la disposición de los órganos. Si bien, a través d una cadena de la que faltaban muy pocos eslabones, podía relacionarse la gran

mayoría de los animales a unos antepasados surgidos del mar, una tal filiación era inadmisibile en lo que concernía al hombre. Para conservar intacta la teoría de la evolución, era necesario, pues, imaginar gratuitamente la hipótesis de una raíz común a los habitantes de las aguas y al hombre, raíz cuya existencia anterior nada, absolutamente nada, demostraba.

Por un tiempo Sofr había esperado hallar en el suelo argumentos favorables a sus preferencias. A instigación suya, y bajo su dirección, se habían realizado prospecciones durante un largo lapso de años, pero para llegar a resultados diametralmente opuestos a los que esperaba el promotor. Tras atravesar una delgada película de humus formada por la descomposición de plantas y animales parecidos o análogos a aquellos que podían ver todos los días, se había llegado a la espesa capa de limo, donde los vestigios del pasado habían cambiado de naturaleza. En aquel limo ya no existía nada de la flora y la fauna existentes, sino tan solo un amasijo colosal de fósiles exclusivamente marinos cuyos congéneres vivían aun, lo más frecuentemente en los océanos que rodeaban la Mahart-Iten-Schu.

¿Que conclusión había que sacar de todo aquello, sino que los geólogos tenían razón profesando que el continente había yacido antiguamente en el fondo de aquellos mismos océanos, y que ni siquiera Sofr estaba equivocado afirmando el origen marino de la fauna y la flora contemporáneas? Puesto que, salvo excepciones tan raras que podían ser consideradas con pleno derecho como monstruosidades, las formas acuáticas y las formas terrestres eran las únicas de quienes se podían descubrir huellas, de modo que las últimas tenían que haber sido necesariamente engendradas por las primeras...

Desgraciadamente para la generalización del sistema, se hicieron otros nuevos descubrimientos. Esparcidas por todo el espesor del humus, y hasta llegar a la parte más superficial del depósito de limo, fueron puestas a la luz innumerables osamentas humanas. No había nada de excepcional en la estructura de aquellos fragmentos de esqueleto, y Sofr tuvo que renunciar a identificarlos como restos de organismos intermediarios cuya existencia hubiera confirmado su teoría: aquellas osamentas eran, ni más ni menos, osamentas humanas. Sin embargo, no tardó en constatarse un particular extraordinariamente notable. Hasta una cierta antigüedad, que podía ser evaluada aproximadamente en dos o tres mil años, cuanto más antiguo era el osario, de más pequeña talla eran los cráneos descubiertos. Por el contrario, más allá de aquel estadio, la progresión se invertía, y desde entonces, cuanto más se retrocedía en el pasado, mayor era la capacidad de los cráneos y, en consecuencia, el tamaño de los cerebros que habían contenido. El máximo fue hallado precisamente entre los restos -por otro lado muy extraños- encontrados en la superficie de la capa de limo. El concienzudo examen de esos venerables restos no dejó lugar a dudas de que los hombres que vivieron en aquella lejana época habían adquirido un desarrollo cerebral muy superior a sus sucesores -incluidos los contemporáneos del propio zartog Sorf-. Así pues, durante aquellos ciento sesenta o ciento setenta siglos, se había producido una regresión manifiesta, seguida de una nueva ascensión.

Sofr, turbado por aquellos extraños hechos, llevó más adelante sus investigaciones. La capa

de limo fue atravesada de parte a parte, en un espesor tal que, según las más moderadas opiniones, el depósito no había exigido menos de quince o veinte mil años. Más allá, se produjo la sorpresa de encontrar débiles restos de una antigua capa de humus y, debajo de ese humus, roca, de naturaleza variable según el lugar donde se efectuaran las prospecciones. Pero lo que llevó la sorpresa a su colmo fue el retirar algunos restos de origen incontestablemente humano arrancados a aquellas misteriosas profundidades. Eran fragmentos de osamentas que habían pertenecido a seres humanos, y también restos de armas o maquinas, trozos de cerámica, fragmentos de inscripciones en un lenguaje desconocido, piedras duras finamente trabajadas, a veces esculpidas en forma de estatuas casi intactas, capiteles delicadamente labrados, etc. El conjunto de aquellos hallazgos obligó lógicamente a deducir que hacía aproximadamente unos cuarenta mil años, es decir veinte mil años antes del momento en que habían surgido, nadie sabía de dónde ni cómo, los primeros representantes de la raza contemporánea, el hombre había vivido ya en aquellos mismos lugares, alcanzando un grado de civilización tremendamente avanzado.

(CONTINUARÁ)

Julio Verne

EL ETERNO ADÁN

Capítulo 2

Pero, tras aquellos doscientos años de paz, un quinto periodo parecía querer anunciarse. Desde hacía un tiempo circulaban rumores desagradables, venidos nadie sabía de donde. Habían aparecido pensadores que despertaban en las almas recuerdos ancestrales que uno hubiera creído abolidos.

El antiguo sentimiento de la raza resucitaba bajo una nueva forma, caracterizada por nuevas palabras. Se hablaba en las conversaciones de "atavismos", de "afinidades", de "nacionalismos", etc., todos ellos vocablos de reciente creación que, respondiendo a una necesidad, habían adquirido rápidamente derecho de ciudadanía. Siguiendo afinidades de origen, de aspecto físico, de tendencias morales, de intereses o simplemente de región y de clima, aparecían grupos que se veían aumentar poco a poco y que empezaban a agitarse.

¿Cómo se desarrollaría esa naciente evolución? ¿Iba a verse dividida la Mahartlen- Schu, como antes, en un gran número de naciones, o sería necesario para mantener la unidad apelar de nuevo a las terribles hecatombes que, durante tantos milenios, habían hecho de la tierra una carnicería...? Sofr, agitando la cabeza, alejó aquellos pensamientos. Ni él ni nadie conocía el futuro. ¿Por que pues entristecerse por anticipado de unos acontecimientos

inciertos? Además, aquel no era día para meditar sobre tales siniestras hipótesis. Hoy era un día alegre, y uno no debía pensar más que en la augusta grandeza de Mogar-Si, el decimosegundo emperador del Hars-Iten- Schu, cuyo cetro conducía al universo hacia gloriosos destinos.

Además, para un zartog, no faltaban las razones de alegría. Además del historiador que había pasado revista a los anales de la Mahart-Iten-Schu, una pléyade de sabios, con ocasión del grandioso aniversario, habían establecido, cada uno dentro de su especialidad, el balance del saber humano, señalando el punto hasta donde su secular esfuerzo había conducido a la humanidad. De tal modo que, si bien el primero había sugerido, en una cierta medida, tristes reflexiones, relatando a través de que lenta y tortuosa ruta había escapado la humanidad de su bestialismo original, los demás habían alimentado el legítimo orgullo de su auditorio. Sí, en verdad, la comparación entre lo que había sido el hombre, llegando desnudo y desarmado a la tierra, y lo que era hoy, incitaba a la admiración.

Durante siglos, pese a las discordias y sus odios fraticidas, ni por un instante había interrumpido su lucha contra la naturaleza, aumentando sin cesar la amplitud de su victoria. Lenta al principio, su marcha triunfal se había acelerado sorprendentemente desde hacia doscientos años, y la estabilidad de las instituciones políticas y la paz universal que habían resultado de ello habían provocado un maravilloso florecer de la ciencia. La humanidad había vivido para el cerebro, y no más solamente para los miembros; había reflexionado, en vez de agotarse en guerras inútiles y era por ello por lo que, en el transcurso de los dos últimos siglos, había avanzado a un paso cada vez más rápido hacia el conocimiento y hacia la domesticación de la materia...

(CONTINUARÁ)

Julio Verne

EL ETERNO ADÁN

Capítulo 1

El zartog Sofr-Aï-Sr -es decir, "el doctor, tercer representante masculino de la centesimoprimer generación de la dinastía de los Sofr"- seguía a pasos lentos la calle principal de Basidra, la capital del Hars-Iten- Schu, o dicho en otras palabras "El Imperio de los Cuatro Mares". Cuatro mares, efectivamente: el Tubelone o septentrional, el Ehone o austral, el Spone u oriental y el Merone u occidental, limitaban aquel vasto territorio, de forma muy irregular, cuyos puntos más extremos (según las medidas comunes al lector) alcanzaban, en longitud, los cuatro grados Este y los sesenta y dos grados Oeste, y en latitud los cincuenta y cuatro grados Norte y los cincuenta y cinco grados Sur.

En cuanto a la respectiva extensión de esos mares, ¿cómo evaluarla, aunque fuera de un modo aproximado, ya que todos ellos se unían entre sí, y un navegante, abandonando cualquiera de sus orillas y bogando siempre al frente, llegaría necesariamente a la orilla diametralmente opuesta? Ya que, en toda la superficie del planeta, no existían otras tierras que las del Hars-Iten-Schu.

Sofr caminaba a pasos lentos, en primer lugar porque hacía mucho calor: entraban en la estación ardiente y Basidra, situada al borde del Spone-Schu o mar oriental, a menos de veinte grados al norte del Ecuador, se veía avasallada por una terrible catarata de rayos derramados por el sol, cerca de su cenit en aquellos momentos.

Pero, más que el cansancio y el calor, era el peso de sus pensamientos lo que retardaba los pasos de Sofr, el sabio zartog. Mientras se secaba la frente con mano distraída, recordaba la sesión que acababa de terminar, y donde tantos oradores elocuentes, entre los que se honraba en contarse, habían celebrado magníficamente el ciento noventa y cinco aniversario de la fundación del Imperio. Algunos de ellos habían hecho un resumen de su historia, que era la historia de toda la humanidad. Habían mostrado la Mahart-Iten-Schu, la Tierra de los Cuatro Mares, dividida originalmente en un inmenso número de poblaciones salvajes que se ignoraban las unas a las otras. A esas poblaciones se remontaban las tradiciones más antiguas. En cuanto a los hechos anteriores nadie los conocía, y las ciencias naturales apenas comenzaban a discernir una tenue luz en las impenetrables tinieblas del pasado. Sea como fuere, aquellos antiguos tiempos escapaban a la crítica histórica, cuyos primeros rudimentos se componían de aquellas vagas nociones referentes a las antiguas poblaciones dispersas.

Durante más de ocho mil años, la historia, en grados cada vez más completos y exactos, de la Mahart-Iten-Schu no relatava otra cosa que combates y guerras, primero de individuo a individuo, luego de familia a familia, finalmente de tribu a tribu, y en donde cada ser vivo cada colectividad, grande o pequeña, no tenía a lo largo de las eras otro objetivo que asegurar su supremacía sobre sus competidores y se esforzaba con diversa fortuna, a veces adversa, en someterlos a sus leyes.

Después de esos ocho mil años, los recuerdos de los hombres eran un poco más precisos. Al principio del segundo de los cuatro periodos en los que comúnmente se dividían los anales de la Mahart-Iten-Schu, la leyenda empezaba a merecer más justamente el nombre de historia. Por otro lado, fuera historia o leyenda, la temática de los relatos apenas cambiaba: siempre no eran más que masacres y matanzas -ya no de tribu a tribu, hay que admitirlo, sino ahora de pueblo a pueblo-, por lo que, en buena ley, ese segundo periodo no era muy diferente del primero.

Y lo mismo podía decirse del tercero, cuyo final se hallaba apenas a doscientos años de distancia en el pasado, tras haber durado cerca de seis siglos. Más atroz quizá esa tercera época, durante la cual innumerables ejércitos de hombres, con una rabia insaciable, habían regado la tierra con su sangre.

En efecto, un poco menos de ocho siglos antes del día en que el zartog Sofr seguía la calle principal de Basidra, la humanidad se había hallado preparada para las vastas convulsiones. En aquel momento, habiendo cumplido las armas, el fuego, la violencia, una parte de su necesaria obra, habiendo sucumbido los débiles ante los fuertes, los hombres que poblaban la Mahart-Iten-Schu formaban tres naciones homogéneas, en cada una de las cuales el tiempo había atenuado las diferencias entre los vencedores y los vencidos de otros tiempos.

Cerca de doscientos años habían transcurrido desde que la última revuelta de esos dos últimos pueblos había sido ahogada en torrentes de sangre, y la tierra había conocido por fin una era de paz.

Era el cuarto periodo de la historia. Un solo Imperio reemplazaba a las tres naciones de antes, y todo el mundo obedecía la ley de Basidra, y la unidad política tendía a fundir las razas. Nadie hablaba ya de los Hombres de Rostro de Bronce, de los Hombres del País de la Nieve, de los Hombres de la Estrella Inmóvil, y la tierra no contenía mas que un pueblo único, los Andart'-Iten-Schu, los Hombres de los Cuatro Mares, que resumía en él a todos los demás.

(CONTINUARÁ)